

FERNANDO **GARCÍA DE CORTÁZAR**

GREGORIO ORDÓÑEZ EN EL RECUERDO

El pasado 23 de enero recordamos el décimo aniversario de la muerte de Gregorio Ordóñez, asesinado por ETA en 1995 mientras preparaba las elecciones municipales que se iban a celebrar en el mes de mayo. Numerosos políticos, intelectuales, periodistas y amigos se dieron cita en el homenaje que organizó la fundación que lleva su nombre y que tuvo lugar los días 24, 25 y 26 de enero en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Con ese motivo, y mediante el texto que ahora reproducimos, Fernando García de Cortázar rindió tributo a Gregorio Ordóñez y a todas las víctimas del terrorismo, y recordó los fundamentos morales del compromiso con la libertad y con la justicia de quienes perseveran en el combate contra el terror.

De los resistentes es la última palabra (Albert Camus)

Las víctimas del nacionalismo totalitario no tienen razón por ser víctimas pero están en posesión de una verdad moral indubitable, aquella que escribió Jean Améry al relatar su experiencia en los campos de concentración nazis: la verdad moral de los golpes que suenan en sus cráneos y que les confiere más legitimidad para juzgar, no sólo a los ejecutores, sino también a la sociedad que sólo piensa en su supervivencia. Los terroristas piensan que la experiencia de la sangre hace que la sociedad, o las personas individuales que la componen, dejen a un lado los principios para lograr la supervivencia, miren, en fin, hacia otro lado que no sea el del perseguido.

Habría que recordar a quienes predicán la resignación que el único altruismo moral que la Historia no ha deteriorado es el de emigrar hacia la vida de las víctimas para comprenderlas. Habría que recordarles que la aceptación como inevitable y normal de lo que es en sí

Fernando García de Cortázar es catedrático de Historia Contemporánea, Universidad de Deusto.

Cuadernos de pensamiento político

mismo aberrante conduce al envilecimiento. Habría que preguntarles si piensan, como escribía irónicamente Adenauer, que la mejor forma de aplacar a la bestia es permitiendo que te devore. Habría que gritarles que si no castigamos, si ni siquiera censuramos a quien jalea y ampara el terror estamos haciendo mucho más que «ensombrecer» el tiempo presente que malvivimos, estamos privando a las generaciones de mañana de todo sentido de la justicia.

Es así como crecen los verdugos, y no sólo por culpa de una labor educativa fundada en la enciclopedia del odio. Los jóvenes asimilan que la vileza nunca se castiga y que, al contrario, a veces incluso reporta sueldos parlamentarios.

Hace tiempo que el fantasma del totalitarismo vaga por las calles del País Vasco hambriento de carroña española... Se nos ha pasado la juventud y los años corriendo delante de los grises, imaginando un país sin mordazas ni ejecuciones sumarias. Con la muerte de Franco y la Transición ganábamos la libertad y heredábamos la burocracia criminal de ETA, que había enterrado a Sabino Arana entre antiguallas carlistas y ensueños nazis. Era la revolución de todos los huérfanos del paternalismo mediocre y conservador del PNV, la que iba a traer el paraíso comunista y la autodeterminación a todas las ciudades de la Gran Euskadi con tiros en la nuca y fuegos artificiales bañados en goma 2. Fuimos pacíficos y sencillos, caminamos en manifestaciones barrocas y místicas junto a los nacionalistas, como si la vergüenza del silencio sobreviviera a la lenta procesión de muertos que en vano se aferraban a nuestro recuerdo para no desaparecer del todo.

Aun así esperamos en el crecimiento de la prosa libre, la invasión del poema en las calles como un Nilo desbordado sobre las extensiones del silencio, de la vida, de la realidad de unos hombres y mujeres exiliados en su propia tierra por defender la dignidad y soñar un país en libertad. Los nacionalistas temen que los vascos pidamos por fin la voz y la palabra, que renazca el espíritu de Ermua como un poema o una marea de protesta, como algo que viene creciendo de ola en ola, de grito en grito, de palabra en palabra. Arzalluz y sus hijos descarriados temen, en fin, los viejos versos de aquel poeta comunista: «... *podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera*». El compromiso del intelectual debe implicar la denuncia de todo aquello que ponga en peligro el acuerdo elemental que constituye el funda-

Cuadernos de pensamiento político

mento ciudadano de nuestra sociedad desde tiempos de la Ilustración. Implica por tanto señalar a los fanáticos y a sus religiones fanatizadoras, implica llevar a cabo el examen del discurso del nacionalismo, no sólo los actos vandálicos y crueles del terrorismo sino la esencia de su doctrina para considerar a qué obedece la indulgencia con que ha sido tratada una ideología comunitarista, una forma de exclusión social, que niega los principios de la sociedad liberal y democrática y que está en el origen de la orgía de violencia del siglo XX. No basta con condenar los campos de concentración, hay que condenar el nazismo que los hizo posibles. La ideología nacionalista que está detrás de los crímenes de ETA es una ideología que ha hecho estragos en la conciencia moral y en la cultura cívica del País Vasco, que ha intoxicado a sectores muy amplios de la juventud y que ha embotado los sentimientos más elementales de piedad hacia las víctimas.

La responsabilidad de los intelectuales debe devolver a éstos a la política. A la formación de opinión. Del compromiso del intelectual hemos pasado al intelectual recluso en los soliloquios de la Academia. El intelectual puede dejar de ser un militante de un partido, pero no puede renunciar a ser un dirigente cívico, un educador implacable con quienes ejercen el código de silencio de un discurso que decide quién es un compatriota y quién es un renegado o un enemigo del pueblo. En modo alguno se puede identificar el nacionalismo, genéricamente, con el fascismo. Pero tampoco debe olvidarse que todos los fascismos han sido nacionalistas, comunitarios radicales, presuntuosos poseedores de la definición de una identidad que distribuye a los propios y a los ajenos. La Iglesia vasca, por ejemplo, tiene un discurso rancio, gastado, sobre la nación, cuyo concepto es siempre inadecuado y confuso, como la categoría de pueblo, a la que continuamente apela. Sorprende que el punto de partida no sea la persona, el individuo, sujeto primario de derechos, reconocido como ciudadano en una sociedad democrática que nace de la voluntad popular y que como tal ciudadano prevalece sobre las adscripciones étnicas, religiosas que pueda tener.

El escritor Albert Camus, siempre crítico, siempre actual, advirtió en «el siglo del miedo» de la normalización de la muerte ajena, del peligro de que la violencia acabara convirtiéndose en parte del paisaje de la humanidad, en una forma trágica de cultura, alumbrada por la



Cuadernos de pensamiento político

esquizofrenia moral de la posguerra europea. En el mundo moderno se mata por interposición, por silencios, por verdades a medias. El hombre rebelde, el intelectual insumiso debe reclamar el final del imperio del miedo porque éste impone el exilio de la libertad. La verdad sobre los crímenes del fascismo, del comunismo, del nacionalismo étnico de los Balcanes o, más cerca de nosotros, de ETA es la mejor barrera para impedir el retorno de tales aberraciones. La verdad no sólo desenmascara el crimen sino también las causas, las estructuras de fondo, que lo permitieron. Por otro lado quedarse sólo en el recuerdo descomprometido de las víctimas, olvidando las responsabilidades de justicia del presente, lleva a traicionar a aquellos a quienes decimos recordar. Sólo honrando a las víctimas, como hoy lo hacemos con Gregorio Ordóñez, y exigiendo justicia para ellas podemos redimir de algún modo la incoherencia de vivir en un mundo en el que el verdugo continúa, con frecuencia, prevaleciendo sobre la víctima.

